



Concha Zardoya

Miguel Hernández

1955
NORTESUR

CONCHA ZARDOYA,
*Miguel Hernández;
vida y obra*, Nortesur,
Barcelona, 2009, 240
pp. ISBN 978-84-
936834-7-4.

TODO escritor no puede dejar de escribir aquello que le ha tocado vivir y Miguel Hernández es uno de ellos. No creo baladí el hecho de que Concha Zardoya hablara en un mismo artículo de la vida y la obra del poeta de Orihuela, y no lo creo porque ambas están tan imbricadas que parece imposible analizar su obra si a la vez no vamos desgranando los episodios de su vida: Orihuela, Madrid, Ramón Sijé, Vicente Aleixandre, Josefina Manresa, la Guerra Civil, Rusia, Pablo Neruda, las cárceles, la enfermedad, el hambre, la muerte... Vivir y escribir es uno. Habitar la tierra que le acoge se convierte en equipaje ineludible que le acompaña: “todo el paisaje le late encima y le traspasa”. Y en este sentido “ha de vivir su obra, convertirla en experiencia vital”. Literalmente escribe lo que vive y la sucesión de sus libros son el devenir de su vida: *Perito en lunas* canta su juventud pastoril; *El rayo que no cesa* revela el amor desesperado y apasionado; *Viento del pueblo* refleja la desazón de la guerra; *Cancionero y romancero de ausencias* surge del hombre encarcelado. De esta manera, Zardoya descubre un sendero ininterrumpido a lo largo de toda la obra de Miguel Hernández y así va enlazando cada una de sus obras y en todas ve un germen de la siguiente y un rastro

de la anterior.

La autora va acercándose al poeta a través de la correspondencia que Josefina Manresa mantuvo con su marido Miguel Hernández y a través de lo que le cuentan los contemporáneos del poeta, todavía vivos en el momento en que Zardoya escribe este libro allá por los años cincuenta del siglo XX. Esta intimidad desvelada resulta cercana porque cada testimonio todavía conserva la cálida voz de su autor y es exaltada por el lirismo arrollador de la autora que para enfatizar su visión de la poesía hernandiana se sirve de continuas retahílas de calificativos: “es desafiador, bravío, rebelde, alucinado, destructor”; “es bronco, varonil, violento, hondísimo, inevitable...”. Concha Zardoya es poeta también y hace de su libro una elegía donde no esconde su pasión y su técnica para cantar las glorias del poeta malgradamente muerto.

En dos mil páginas toda su obra y en treinta y dos años toda su vida. Sin embargo, Zardoya, lejos de las biografías habituales, no se pregunta por la obra que el poeta de Orihuela nos hubiera dejado de no haber muerto tan joven. ¿Cuál hubiera sido su obra si en lugar de 32 años llega a vivir 80? ¿Qué derroteros hubiera tomado y nos hubiera deparado? No lo sabe, pero tampoco parece importarle. Una vida pronto truncada no deja una obra inacabada. Así nos lo hace ver Concha Zardoya y también Domingo Rodríguez Romero, que firma el postfacio del libro donde destaca la obra de Miguel Hernández, junto a la de García Lorca, por su brevedad, entendiéndolo que ambos logran escapar al perfil sereno de los poetas del 27 debido a su temprana muerte que impidió que se convirtieran en maduros poetas, eruditos escritores y tranquilos profesores, profesiones alejadas del torrente que emana de la



poesía hernandiana. Pero, sin embargo, para la mayoría de la crítica, la muerte trágica de un autor añade valor a su obra, y sobre esa tragedia y en referencia a ella la leemos y entendemos.

Parece que a Zardoya no le agrada, más allá de los primeros poemas, la desbordante naturaleza que inspira la poesía de Miguel Hernández y aplaude su primer viaje a Madrid: “¿acaso quiere acogerse a Castilla para salvarse de esa facilidad y torrencialidad levantinas tan peligrosas para la poesía?” Sin embargo, ni la propia autora mantiene esta tesis más allá de la hipótesis inicial, ya que más adelante reconoce que ese viaje le brindó la técnica que él buscaba para seguir cantando los mismos temas: tras su viaje a Madrid en 1931 “cesa su desorientación y se lanza a la conquista de esa maestría de la forma, a la busca y captura de la belleza como fin último de la poesía y el arte... triunfo heroico de su inteligencia sobre su instinto y su temperamento”. Por ello, el viaje a Madrid supone más una búsqueda que no una huida del mar, de la luz y de la tierra mediterránea y porque “Miguel ha conquistado a todos con su inocencia humana y porque les trae, en la gran ciudad, con su persona, como una reverberación de la tierra. Su risa hermana con los árboles y con el chorro puro de las cascadas”. Esta condición le vale para ejercer de puente entre los poetas madrileños y los de la periferia, pero también le supone un enfrentamiento y una elección porque unos y otros le reclaman: Ramón Sijé y el círculo católico quiere que regrese a Orihuela, mientras que Vicente Aleixandre y Pablo Neruda quieren que permanezca en la cosmopolita Madrid. Finalmente se aleja de Orihuela y la dedicatoria de su *Elegía a Ramón Sijé* así lo muestra: “En Orihuela, su pueblo y el mío, se me ha muerto como del rayo Ramón Sijé, con quien tanto quería”.

La muerte de Ramón Sijé a finales de 1935 parece abrir una brecha en la poesía de Miguel Hernández, que dice: *Pierde la mitad de valor el verso que se dice y gana el doble el que se queda en la garganta*. La llegada de la Guerra Civil agranda esa brecha y provoca un giro en su vida y su obra: de la naturaleza y el amor apasionado a las llagas, heridas, lágrimas... al dolor de la muerte. La Guerra Civil supone una entrega personal más que intelectual: “La guerra era para él (como para el pueblo) vida y esperanza, una forma de salvarse de la esclavitud y de acabar, por medio de la guerra, con la guerra”. Siempre se le describió como el poeta pastor, después como el poeta del pueblo y al final se convirtió en el poeta de la guerra, leído y recitado por todos los regimientos y en los cuales él mismo también sirvió. Y ese mismo camino recorrió su teatro, que como un trasunto de su poesía avanza también desde el drama pastoril al teatro de batalla para arengar a la tropa, convirtiéndose en un teatro de contienda sin más mérito ni ambición, alimentado de su aliento campesino y pastoril y carente de la práctica de la representación, la cual, según Concha Zardoya, habría mejorado su obra dramática.

Pero el final de la contienda no le reporta al poeta oriolano ninguna serenidad; acabada la guerra comienza la persecución y al poeta le toca vivir su propio calvario: “Más hambre sobre el hambre de la guerra. Más muertes sobre las muertes de la guerra”, son las elocuentes palabras de las que se sirve Concha Zardoya para dibujar los nuevos episodios de la vida y, como no podía ser de otra manera, de la obra de Miguel Hernández, que también escribe desde la cárcel y con el sentimiento que en ésta le invade: *Cancionero y romancero de ausencias* “ha surgido en la profundidad de la cárcel... su verso se ha desnudado de toda gala, de toda retórica y habla en tono íntimo, sincero, intenso”. Ya no necesita de adjetivos, le bastan el sustantivo solo y desnudo o el verbo descarnado. Pero a pesar de ello, Zardoya reproduce la rendija esperanzadora de algunos de los últimos poemas: *Pero hay un rayo de sol en la lucha / que deja siempre la sombra vencida*. Sin embargo, la cárcel no le resulta inspiradora y genera poca creación poética,



pero mucha correspondencia por la que sabemos cómo ocultó a su familia la gravedad de su condena. En ella narra su enfermedad y hasta casi su muerte, que acontece el 28 de marzo de 1942, sin llegar al sanatorio de Porta Coeli, donde esperaba curar su enfermedad. Y cuentan que, a pesar del esfuerzo de sus compañeros de cautiverio, no se logró cerrar los ojos del difunto, y con los ojos abiertos fue enterrado.

No puedo por más que agradecer la lectura de Concha Zardoya, una crítica desde el pasado por los más de cincuenta años transcurridos, traspasada por el eco todavía vivo de las palabras del poeta y de los que le acompañaron, escrita de forma que una sola frase nos permite tocar la obra de Miguel Hernández: “hay ocasiones en que modula los versos más con el aliento que con la voz”.

José V. Garibo